POR ÉL, CON ÉL Y EN ÉL(testimonio vocacional)

JOVEN SACERDOTE CATÓLICO: SUS PENSAMIENTOS, OBSERVACIONES, HUMOR Y ELUCUBRACIONES

« Danos la audacia para interpelar»

En la oración por las vocaciones que recitamos cada día después de la misa o el rezo de Vísperas o Laudes, pedimos al Señor que nos dé la audacia para interpelar a los jóvenes sobre la vocación sacerdotal o religiosa. Lo que sigue es la narración auténtica de mi propia vocación, la génesis de una llamada a seguirlo con "corazón sin compartir"», al Dueño de la mies.

Joven adolescente

Cuando era adolescente, no era

particularmente religioso. De hecho, lejos de ser atraído por la Iglesia, era más bien refractario a la idea de ir a misa (que veía terriblemente aburrida) y detestaba los cursos de catequesis que daban en la escuela. No se aprendía nada en ellos, según mi opinión, y el ambiente general de estos cursos era muy caótico: teníamos papel, gomas de borrar, gritos y chismorreos. Mi hermano mayor Patrick, un poco "más creyente", participaba en la pastoral y formaba parte de un movimiento para jóvenes con un grupo de amigos.

Durante el verano, Patrick me llevaba a menudo, a fuerza de insistir, a la iglesia parroquial, a dos pasos de la casa de mis abuelos para ayudar en la misa. Me gustaba revestirme con el alba blanca, tocar las campanas, sostener la naveta del incensario y hacer las lecturas en el ambón, pero este gusto por la liturgia no era suficiente para equilibrar el profundo disgusto y aburrimiento sentido con motivo de homilías largas e incomprensibles del cura u oraciones eucarísticas interminables. A esto se añadía música de órgano de estilo "bingo" del sábado noche y

del canto monótono… ¡Demasiado para mí, gracias!

Con motivo de los funerales de mi abuela en 1993 (tenía entonces 19 años), me acuerdo muy bien de haberme arrodillado en mi banco tras la comunión y haber orado en estos términos: «Dios, no sé si existes o no de verdad… Pero si existes, cuídala. Y esté más presente en mi vida.» No era, por supuesto, la primera vez que r, pero fue la primera vez que tomé conciencia de orar. Y rezaba a Alguien que no iba a tardar en escucharme.

Primeros pasos en la fe

Todo comenzó por un testimonio de conversión, el de un amigo íntimo de mi hermano y mío también. Estamos en la primavera del 94. Este amigo, Richard, ha cambiado totalmente. De rockero y hippy, se hizo increíblemente religioso y devoto: misa diaria, ayuno, lectura de la Biblia, confesión regular. De un día a otro, como a san Pablo. Nos habla de Jesucristo, de Dios,

de la Virgen María y de la oración como nunca había oído hablar. A los 20 años, por vez primera, descubro la enseñanza de la Iglesia católica en toda su radicalidad.

Nada de un Jesús “bonbón”-amigo con él. Jesús es Señor. Nada de moral edulcorada para “reunir” a hombres y mujeres de nuestra época. Estoy a la vez intrigado y asustado. ¿Y si fuera verdad? ¿Ha tomado realmente Dios carne en la persona de Jesús para vivir en medio de nosotros hace más de 2000 años? ¿El pan y el vino consagrados en la misa por el sacerdote son verdaderamente su Cuerpo y su Sangre? ¿Y qué significaría eso para mí? ¿Qué debería cambiar en mi vida?

Ante todo, una primera cuestión: « ¿Existe verdaderamente Dios? » Richard no pierde un segundo. Me tiende un rosario (ese extraño instrumento de oración que ya había visto pero del que ignoraba su utilidad) y me dice con la temeridad de un joven convertido: « Reza a la Virgen María. Plantéale esta cuestión durante dos semanas y tendrás tu respuesta». Aprendo el Dios te salve , María, y dos semanas más

tarde, soy creyente. Externamente y en mi comportamiento, nada había cambiado todavía, pero interiormente, estaba convencido: Dios me había dado el don de la fe.

Comienzo a rezar y a leer. A leer mucho. Me apresuro en comprar el Catecismo de la Iglesia Católica (que acababa de publicarse en esa época) y leerlo de principio a fin. Ante la enseñanza moral de la Iglesia, me quedo dubitativo, no la capto del todo. Todo me parece repentinamente prohibido. ¿Por qué es Dios tan exigente?

Y sin embargo, me siento atraído. Siento que hay algo de verdadero en el pensamiento o discurso de la Iglesia. Mi inteligencia busca comprender lo que mi corazón presiente ya.

« Serás sacerdote »

Desde hace algunos meses, Richard insiste: « Debes vivir el sacramento del perdón». Ir a ver a un sacerdote para confesarse, me parecía difícil y humillante. Y objetaba: ¿por qué no puedo pedir perdón a Dios

directamente? Pero comienzo ya a conocer suficientemente la Biblia para saber que es Cristo mismo quien lo ha querido así (Jn 20,22).

La ocasión se presentará con motivo de un viaje en bicicleta a Toronto en compañía de Patrick y otros dos amigos. Estamos en un pueblo pequeño en el centro de Ontario y acabamos de asistir a la misa semanal. El sacerdote es bastante joven e inspira confianza. Aquel día, me humillé ante la gracia de Dios y me abandoné al amor del Señor. Cuando salgo tras largos minutos en el confesionario, sé que mi vida será para siempre distinta. Lo ha expresado muy bien el escritor francés André Frossard: Dios existe, lo he encontrado. Lo he encontrado en su Misericordia, en la Luz de su Espíritu, en su Mirada de ternura para el corazón herido. Mi alma se llena de júbilo y mi espíritu descansa en la paz. Es difícil expresar adecuadamente esta repentina irrupción de amor divino en mi vida.

En el exterior de la Iglesia, un anciana se acerca a mi hermano y a mi. Una sola mirada y exclama: «Dios mío, ¡qué

luminosos estáis!». Miro a Patrick y dice: 'un poco loca, la buena mujer'. Nos mira y anuncia con tono solemne: « Uno de vosotros va a ser sacerdote!». No pude evitar reírme en ese momento.

Doy una palmadita en la espalda de mi hermano y le digo: « Pues bien, pobre mío, eso es por ti porque yo... ». Una vida entera sin el amor de una mujer, ¡qué horror! Sin perder un instante, la anciana vuelve a decir: «No, serás tú precisamente». Temiendo un poco que pudiera ser verdad un día, intento olvidar en seguida esta tontería o idiotez».

Una llamada insistente

Y sin embargo, no cesará de crecer en mi en el transcurso del año siguiente, una llamada misteriosa, una llamada insistente: «date todo entero a Mí». No quería, no podía. No tenía duda. Estaba muy triste, como el joven del Evangelio que se da cuenta de todo lo que tiene que dejar o renunciar si sigue la llamada (Mt 19,16-22). En el curso del verano del 95, tuve la gracia de vivir con algunos amigos una larga

peregrinación por Europa en la que visitamos algunos santos lugares, tales como Lourdes, Fátima, Lisieux, Roma y Asís.

Antes de salir, consagré mi peregrinación a María, para que ella me ayudara a discernir mi vocación. Intentaba convencerme de mi vocación que no podía ser otra que el matrimonio.

A mi vuelta de Europa, comencé a tener un poco de pánico. No solo la misteriosa llamada se hacía incesante, sino que la peregrinación misma parecía rica en "signos" vocacionales (sería largo entrar en todos los detalles). Al inicio de octubre, me encuentro en compañía de Richard en el exterior del Oratorio de san José. Me asaltan cuestiones respecto a mi vocación. «¿Te has cuestionado la elección de vida? Dices que tu vocación, es el matrimonio. Bien, quizá, ¿pero te has puesto delante de Dios? Espera quizá algo de ti. Estoy nervioso y confundido. Permanezco en silencio. Richard prosigue: «¿Sientes a veces una llamada particular a un don total

de tu persona?» Me cruzo de brazos. No me gusta a dónde va todo esto. «¿Existe en ti el deseo de pertenecer a Dios, únicamente a El?». Sí, pero tengo miedo. «Ábrete a su voluntad y no digas no a priori».

Molesto, replico: “Eres tú quien quiere que sea sacerdote. Tú mismo, piensa en ello». (Richard iba a ser monje de la Fraternidad de San Juan en algunos años). «No, quiero sencillamente que seas honesto en tu vida. Vamos a entrar y orar. Ponte pues de cara a Jesús, piensa que está delante de ti en carne y hueso. Plantéate y plantéale la cuestión.»

Así lo hice. Al salir del Oratorio, dije a Richard: «Bueno, está hecho. Me he puesto en manos de Dios. [grande respiración] Si me quiere sacerdote, que así sea...» Richard me miró con una gran sonrisa y exclamó: «¡Serás sacerdote, serás sacerdote!»

Abandono y acción de gracias

La misma tarde hice una prolongada oración de abandono, que—esta vez-- me parecía verdaderamente que venía del

corazón. Me invadió una gran paz. Sabía que el Señor estaba muy contento de mi paso. En los meses siguientes sentía un deseo profundo e intenso de servirle completamente y entregarme a él en cuerpo y alma.

Descubrí la grandeza y la belleza de la vocación sacerdotal por el testimonio de sacerdotes santos, felices en su ministerio. Servir a Dios y a su Iglesia. Ser instrumento de perdón, de misericordia, ser servidor de la Palabra. Participar, por amor, en la nueva evangelización, llevar a otras personas a Cristo resucitado, presente en la Eucaristía.

Comprendí también- en mi lago camino hacia el sacerdocio- que hay mucha alegría en el celibato consagrado y el ministerio del sacerdote; ¿ no dijo Jesús que hay mayor felicidad dando que recibiendo...? El celibato permite al sacerdote darse generosamente al servicio de la Iglesia y ser un verdadero “pastor” (o padre espiritual) para sus hermanos y hermanas en la fe. Estas alegrías- fundadas en la oración y en la certeza de contribuir a la construcción

del Reino--- son ciertamente diferentes de las alegrías de la vida conyugal. [Dicho sea de paso, mi hermano Patrick está casado y es padre de tres chicas adorables]. Pero estas alegrías no son menos reales.

Tienen su fuente en Dios y vuelven a Dios en un movimiento de acción de gracias. Toda vocación comportará sus momentos de grandezas y sus momentos más difíciles. Pero (según la expresión de san Pablo) si Dios está con nosotros, ¿quién va a estar contra nosotros?

Pamplona-15 de agosto-2008

Felipe Santos, SDB